

Despues de mil aventuras y combates con gigantes y caballeros, que, no por hallarse en Macedonia, Tesalia y Babilonia, teatro á un tiempo de las proezas del héroe, dejan por eso de ser *moros*, y tan *moros* como los del reino de Granada, Palmerin casa con Polinarda, y es alzado emperador de Constantinopla despues de la muerte del que ocupaba el trono. Hay en esta historia, que su autor dividió en cuatro libros, muchos trozos que recuerdan las crónicas semicaballerescas de aquel tiempo y los románticos incidentes de la guerra de frontera que precedió á la conquista del último baluarte de la morisma (1). Si hubiéramos de juzgar por el espíritu que en toda ella reina, diríamos que *no pudo ser obra de una mujer*, pues las empresas caballerescas del héroe resaltan mucho mas que sus amores, y en estos se observa cierto cinismo repugnante, que no quisiéramos vernos obligados á atribuir á un individuo del bello sexo.

Otro tanto se pudiera decir del libro de *Primaleon*, hijo y sucesor del emperador Palmerin. Los amores de don Duardos de Inglaterra, disfrazado de hortelano, con la infanta Flérida, los de Primaleon con Gridonia, y los de Platir con Sidela, contrastan singularmente con el sentimentalismo caballeresco y pudorosa modestia de Amadis de Gaula (2). Por otra parte, hay escenas muy tiernas, el lenguaje es menos rudo, y el argumento mas complicado que el del libro de *Palmerin*. Uno y otro, sin embargo, son notables bajo mas de un concepto, y muy dignos de ser leídos y estudiados, por contener una pintura fiel de las costumbres españolas á fines del siglo xv. «Todo él, dice Delicado, refiriéndose al *Primaleon*, es un doctrinal de andantes caballeros, donde estos podrán deprender, leyendo, á mantener justicia y verdad, é mas la mesurada vida que han de tener con las dueñas y doncellas, la cortesía y crianza con las damas, asimesmo los atavíos que han de usar así de armas como de caballos, la gentil conversacion y el moderamiento de la ira, la observancia y religion de las armas.» Dedicóle su autor al mismo don Luis de Córdoba, ya por entonces duque de Sesa, y mas tarde embajador de Carlos V en Roma, á quien el *Palmerin* fuera antes dirigido y dedicado. Así es que se descubre en él una intencion, aun mas marcada (3) que en el anterior, de re-

(1) Muchos de los personajes tienen nombres morunos, como : Zalameno, Muza, Abimar, Amaran, Orozdin, Muzabelin, Olorique, Olimael, etc. Es notable el capítulo CLXII, en que se refiere la batalla que Palmerin y Trineo hubieron con el Soldan, siendo este hecho prisionero; la cual trae á la memoria la muy célebre de Martin Gonzalez, en que el conde de Cabra y el alcaide de los Donceles prendieron al rey Chico de Granada.

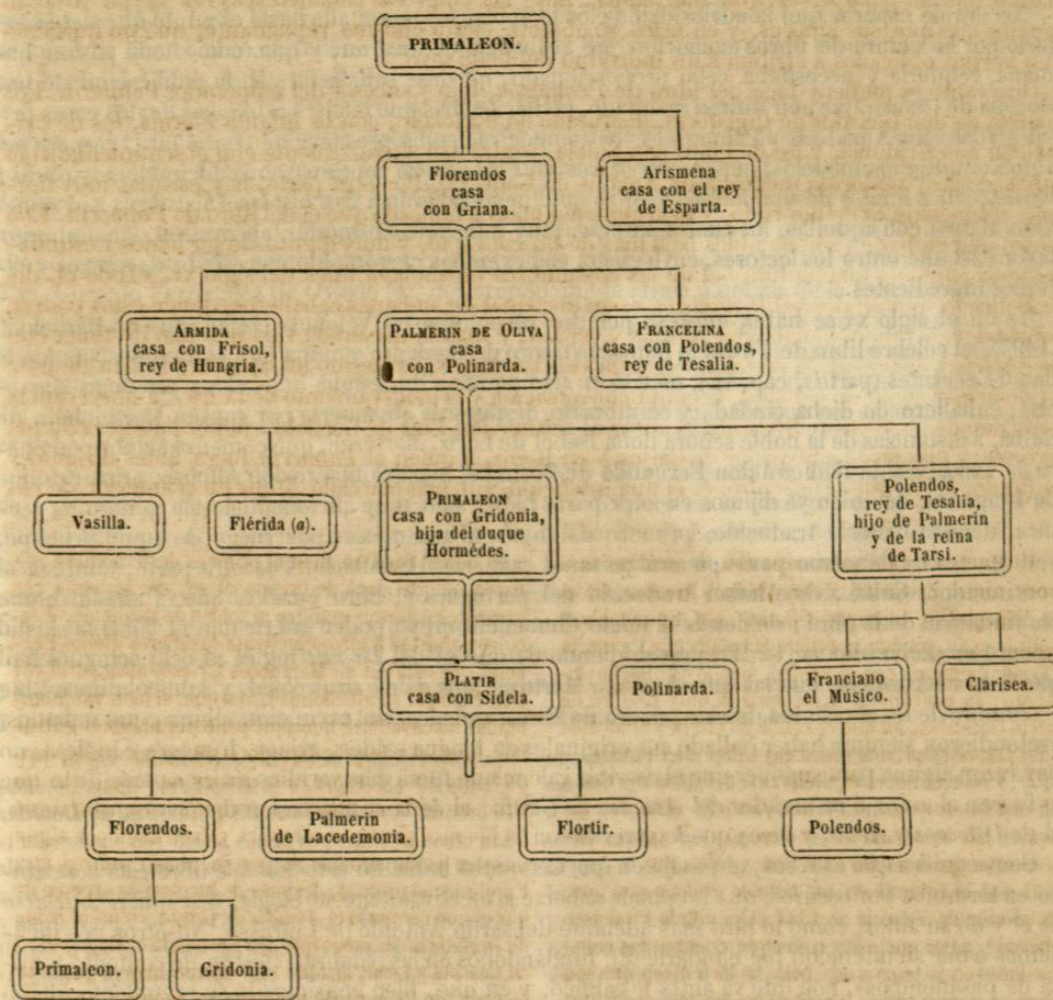
(2) Véase, si no, el capítulo xxvi del libro II: *Como Julian estando retozando á la infanta Flérida, la hizo dueña y ella se arrepintió con enojo*; y el xxxvi: *Como el príncipe hizo dueña á Finea*, etc., etc.

(3) Así lo advierte en un notable prólogo que puso á la edicion de Venecia de 1534 el ya citado Francisco Delicado: «Por que estas cosas que cuentan los componedores en la lengua española, si bien dizen que son fechos de extrangeros, dizenlo por dar mas autoridad á la obra llamándola *greciana*, por ser semejança de sus antiguos hechos; mas componen los extraños acaecimientos de algunos de los reinos de España, como de aquellos que an fecho cosas extremadas; como lo fué el rey don Enrique, é su hijo don Juan el primero deste nombre, rey de Castilla, que se asemejan á los fechos del rey *Palmerin* con el rey de Granada, é otro *Primaleon*, como lo fué el conde de Cabra, señor de Baena, don Diego Fernandez de Cordova, é á Don Duardos fué semejante otro su pariente, Don Gonçalo Fernandez de Cordova; é assi tomando de cada uno sus hazañas hizo esta philosophia para los caualleros que seguir-la quisieren, y fué tan maravillosamente fingida esta ystoria, llena de doctrina para los caualleros é amadores de dueñas, que de ninguna otra edad la pudo dezir tan apropiada, como fué desde que el dicho rey don Enrique

y su hijo el rey Don Juan el primero deste nombre reinaron, el qual sacó de prision al rey de Armenia con presentes é ruegos que hizo al soldan de Babilonia, é sacó con amistad á otros cincuenta cavalleros dichos Farfanos que estaban en Marruecos; y esto alcançó el rey Don Juan por su alta bondad, assi que, si bien van nombrados los cavalleros que aqui pone por nombres extraños, fazelo por huir la vanagloria de los naturales, dando honra á los griegos, á la usanza de Italia, que los Orlandos los fazen franceses, porque es cosa natural que un fijo mas presto se corrigerá y doctrinará por algun maestro estrangero que no por su propio padre;» etc. En el mismo prólogo, despues de inculcar la especie de que el que compuso el *Amadis de Gaula* aplicó al reino de Inglaterra las cosas que don Fernando el Magno obró en Castilla y Leon, añade: «Lo mismo hizo el que esta historia (de *Primaleon*) compuso en lengua castellana, que tuvo gran excelencia, aplicando las hazañas de los caballeros castellanos á Grecia y otros reinos, dándoles nombres extraños; pues dixo lo que pasaba entre cristianos y moros, que entonces poseían algunas partes en la España, comenzando del rey don Enrique segundo, que fué padre del rey don Juan el primero, que de ellos á Palmerin hubo poca diferencia. Algunos fingiendo ser sabidos, menosprecian estas coronicas diciendo ser fablillas. Fablilla es ser el hombre ynorante y no conoscer que cosa sean los buenos amaestramientos de los caballeros que fueron mesurados, y leales mantenedores de derechos, y tenedores de fe; y si, como dizen que no fueron tales hombres que así hayan obrado, seanlo ellos y deprendan á ser hazañosos en estos dechados, porque el caballero y el Rey y el Emperador no han juez: su juez es su palabra;» etc.

cordar, por medio de aventuras fabulosas, los notables hechos del señor de Baena, del mismo don Luis, y aun de Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado el Gran Capitan.

Siguiendo el plan que nos hemos trazado, pondrémos fin á esta seccion con una tabla genealógica de los Palmerines, para que los lectores puedan con mas facilidad seguir la ascendencia y descendencia de esta familia caballerisca.



(a) Con esta Flérida, hija de Palmerin de Oliva, casó don Duardos, hijo de don Federico, rey de Inglaterra, y de una hermana de Meliadus, rey de Escocia; tuvieron por hijo á Palmerin de Inglaterra, el cual casó con Polinarda, y fué padre de don Duardos de Bretaña el Segundo, el cual lo fué de don Clarisea.

§ 5.º—LIBROS DE CABALLERÍAS INDEPENDIENTES.

Tirante el Blanco.—*Arderique.*—*Claribalte.*—*Cifar.*—*Clarian de Landanis, con sus continuaciones.*—*Florambel de Lucca.*—*Don Floriseo de la Extraña Aventura.*—*El caballero de la Cruz.*—*Lepolemo.*—*Leandro el Bel.*—*Félix Marte de Hircania.*—*Florando de Inglaterra.*—*El caballero del Febo.*—*Febó el Troyano, y otros.*

No era de esperar que la curiosidad de los lectores, sobreexcitada hasta el punto que debió estarlo por la lectura de libros como los que acabamos de analizar, y que, como toda pasión humana, requería y necesitaba cebo proporcionado, quedase satisfecha con la publicación de una docena de tomos, que, en último resultado, no hacían más que referir las hazañas de dos casas privilegiadas: los Amadises y Palmerines. Ni tampoco se podía presumir que fuese tal el respeto por aquellos antiguos modelos, que los escritores en este género continuasen reduciendo sus obras á los estrechos límites de una familia. Así es que luego salieron á luz historias aisladas y sin conexión alguna con aquellas, las cuales, aunque muy inferiores en mérito, alcanzaron, sin embargo, favor bastante entre los lectores, cuyo gusto, cada vez más corrompido, necesitaba de nuevos y extraños ingredientes.

Ya en el siglo xv se había impreso por dos veces, una en Valencia (1490), otra en Barcelona (1497), el célebre libro de *Tirant lo Blanch*, «tesoro de contento y mina de pasatiempos», como le llamó Cervantes (parte I, cap. vi.), escrito en tres partes y en lengua valenciana por Juan Martorell, caballero de dicha ciudad, y continuado después de su muerte por mosen Martín Juan de Galbá, á instancias de la noble señora doña Isabel de Loriz. Martorell, que comenzó su obra en enero de 1460, y se la dedicó á don Fernando de Portugal, hijo del infante don Alfonso, primer duque de Braganza, de quien ya dijimos en otra parte haber sido muy aficionado á este género de lectura, declara haberle traducido, primero del inglés al portugués, por ruego de aquel príncipe, y después al valenciano para que sus paisanos pudiesen disfrutarle. Por otra parte, también el continuador, Galbá, dice haber traducido del portugués el libro cuarto, que él añadió como continuación de la obra; de donde el docto Clemencin creyó poder inferir que el *Tirante* existió íntegro en dicho idioma (1). Mas prescindiendo de que ni del *Tirante* inglés ni del portugués han quedado más noticias que las que el mismo Martorell nos da en su prólogo, y sabida la invariable costumbre de los escritores de este género de libros, quienes, sin excepción alguna, que sepamos, pretendieron siempre haber hallado sus originales en lengua caldea, griega, húngara é inglesa, no hay razón alguna para suponer que el escritor valenciano fuese más verídico en esta parte de lo que lo fueron el autor ó refundidor del *Amadís de Gaula*, el de la continuación de *Tristan de Leonis*, el de *Oliveros y Artús*, y otros que le precedieron.

Como quiera que esto sea, el pasaje en que Cervantes habla de este notable libro está concebido en términos tan oscuros, que no puede saberse si efectivamente le elogia, ó si quiere burlarse de él y de su autor, como lo hizo más adelante del sardo Antonio de Lofrasso. Nosotros nos inclinamos á que su intención fué elogiarle (2), fundándonos en las palabras «tesoro de contento y mina de pasatiempos», con que ya antes le calificó, y en que, bien considerado su argumento, debió parecerle á Cervantes mucho más natural y plausible que el de los demás libros de caballerías, que con tanta gracia criticó. Los acontecimientos que en la obra se refieren nada tienen de sobrenaturales é imposibles; son pocos los magos y encantadores que en ella juegan; algunos de los ca-

(1) Véase su edición del *Quijote*, tomo I, pág. 133. Supone este apreciable crítico que Martorell debió ser algún caballero favorecido de don Fernando de Portugal, y que sabiendo la afición de este príncipe á las historias caballerescas, le quiso obsequiar con esta de *Tirante*, escrita á competencia del *Amadís*. Que Martorell habla en su prólogo de su estancia en Inglaterra, y de *adversidades de la fortuna* allí experimentadas, adversidades que pudieron ser ocasión del favor de aquel generoso príncipe. Hasta aquí nada hay que no sea verisímil; «pero, continúa el docto comentador, Martorell, en

obsequio suyo, escribiría la obra en portugués.» Esto es lo que se nos hace muy duro creer, á no presentarse otros argumentos en apoyo de la conjetura.

(2) El señor Clemencin (tomo I, pág. 137) se inclina á creer lo contrario, pero, respetando la opinión de tan insigne crítico, nos será permitido observar que á haber sido tal la opinión de Cervantes, el *Tirante* hubiera ido al corral, y de allí á la hoguera con sus demás compañeros. Con la simple supresión de la partícula negativa, *no*, el sentido del pasaje á que aludimos queda perfectamente inteligible.

ractères están bien sostenidos y pintados de mano maestra, el plan de la historia bien dispuesto, y Tirante muere al fin en su cama, haciendo testamento, y sin asistir, como el de Gaula, á las hazañas y proezas de sus rebiznietos.

A pesar de su volumen y tamaño, el tomo de *Tirant lo Blanch* se ha hecho excesivamente raro, no conociéndose en España más ejemplar que uno, y ese falto de hojas, que fué del marqués de Dos-Aguas, y se conserva hoy día en la biblioteca de la universidad de Valencia (1). No lo es menos la versión castellana que, con el título de *Tirante el Blanco, de Roca Salada, caballero de la Garrotera*, hizo en 1511 un anónimo, é imprimió en Valladolid Diego Gudiel. Sobre esta hizo su versión italiana, en 1538, Lelio Manfredi, y más tarde le publicó en francés el conde de Caitús; pero conviene advertir que el libro castellano no es versión fiel del valenciano, sino solamente un extracto mal hecho del libro de Martorell (2).

A poco de publicarse el *Palmerin de Oliva* (1511), y casi al mismo tiempo que el *Amadís de Gaula*, se imprimían en Valencia otros dos libros de caballerías por industria del tipógrafo Viñao, editor del célebre *Cancionero de burlas* (3). Intitulábase el uno *Libro del esforzado caballero Arderique*, y el otro, *El caballero de la Fortuna don Claribalte*. El primero salió á luz en 1517, anónimo, y como traducido de lengua extranjera á la nuestra castellana, y del segundo, impreso dos años después, en 1519, se confesaba y reconocía por autor el célebre capitán y cronista de las Indias, Gonzalo Fernandez de Oviedo (4), declarando que le «traía á noticia de la lengua castellana». No habiendo logrado ver aquel, y no teniendo de este más noticias que las muy ligeras que pudimos tomar años atrás en París, no sabremos determinar á qué género pertenecen uno y otro; pero, si no recordamos mal, el libro de Oviedo parecía más bien imitado del *Tirant lo Blanch* que del *Amadís de Gaula*, y se recomienda más por la gallardía de su estilo que por su argumento, que es pobre y trivial.

Poco más podremos decir de la *Crónica del caballero Cifar*, impresa en 1512, y en la que ya se deja percibir el elemento moral, que tanta parte tuvo después en la confección de este linaje de libros; tampoco nos detendremos en analizar la de *Clarian de Landanis*, de 1518, atribuida á un tal Jerónimo Lopez, y continuada más tarde con las aventuras de *Florante de Colonia* y *Lidaman de Ganail*; ni la de *Don Floriseo*, por otro nombre llamado el *Caballero del Desierto*, que escribió el bachiller Fernando Bernal, y continuó después con los hechos de su hijo, *Don Reimundo de Grecia*, y por último, la portuguesa de *Don Clarimundo*, compuesta por un historiador tan grave y autorizado como el célebre Juan de Barros; todas las cuales fueron impresas antes del año 1520, y pueden ser consideradas, si no todas, las más, como imitaciones del *Amadís* (5).

(1) El que Meudez describe en su *Typographia española*, como perteneciente al conde de Saceda, y existente en su quinta y librería del Nuevo-Baztan, es el mismo que hoy día se conserva y custodia como una alhaja de gran precio en la biblioteca del Museo Británico de Londres, donde hemos tenido ocasión de verle y leerle varias veces. Comprado en 1816, entre otros libros, á los herederos del Conde por un extranjero entendido en estas materias, fué llevado á Londres y vendido á mister Heber en trescientas libras esterlinas. A la muerte de este lo compró el honorable mister Grenville, quien le legó al Museo Británico, con sus demás libros castellanos, franceses é italianos. Otro ejemplar hay en la Sapiencia de Roma.

(2) De esta obra se vendió un ejemplar, en 1834, como procedente de la librería de lord Stuart de Rothesay, por mucho tiempo ministro de Inglaterra en la corte de Portugal; ejemplar que hemos tenido á la mano. Está falto de hojas al fin; pero su volumen podrá ser, á lo sumo, como dos terceras partes del original valenciano; es en folio, letra de Tórtis, á dos columnas, y en la actualidad tiene 152 hojas y solos los tres primeros libros, al paso que el *Tirant* valenciano tiene 338 hojas.

(3) El *Cancionero de obras de burlas, provocantes á risa*, uno de los libros más escandalosamente obsce-

nos que hay en la literatura castellana, salió de las prensas del valenciano Juan Viñao, en un tomo en 4.º, de letra de Tórtis, año de 1519. El único ejemplar que de él se conoce se conserva en la biblioteca del Museo Británico de Londres. En 1842 un español residente á la sazón en aquella capital tuvo la humorada de reimprimirle, con algunas adiciones *ejusdem furfuris*, en edición esmerada y tirada de pocos ejemplares, fingiendo ser impresión de Madrid, Luis Sanchez, 1602, 8.º

(4) El nombre de Oviedo no aparece en la portada de este libro, y si solo en la introducción, donde el autor se da á sí propio el apodo de *Sobrepeña*, circunstancia ignorada de Alvarez Baena y demás biógrafos del cronista. «Este es un tratado, dice, que recuenta las hazañas é grandes hechos del cavallero de la Fortuna, propiamente llamado don Claribalte, que, según su verdadera interpretación quiere decir *felix ó bienaventurado*, nuevamente escrito y venido á noticia de la lengua castellana, por medio de gonçalo fernandez de oviedo, alias de sobrepeña, vezino de la noble villa de Madrid, el qual desde principio de la obra la endereça al serenissimo señor don fernando de aragon, duque de Calabria» etc. En qué lengua la palabra *claribalte* significa *felix*, es cosa que el autor no declara.

(5) La obra de Barros tiene alguna más pretension

A estas siguieron de cerca *Florambel de Lucea*, en cinco partes, de las cuales tan solo nos son conocidas la primera, impresa en Valladolid en 1532, y la cuarta y quinta, de 1549, y el libro de *Don Florindo, el de la extraña aventura*, acerca del cual y de su autor nos podremos extender algo mas, por tener delante un ejemplar de dicha obra, una de las mas raras en su género, no habiéndose impreso mas que una sola y única vez.

Fué don Florindo hijo del buen duque Floriseo, por otro nombre llamado el Caballero del Desierto, de quien ya dijimos haber historia escrita por el bachiller Bernal, autor asimismo de la de su hijo, don Reimundo de Grecia. El dia mismo en que fué armado caballero concibió el proyecto de dejar la corte (1) y marchar á Jerusalem en busca de aventuras; mas, avisado su padre, manda poner guardas, en su cámara que le acompañen á todas partes, sin perderle de vista. El caballero novel logra, sin embargo, burlar la vigilancia, y acompañado de otros tres jóvenes de su misma edad, llamados Nimphocaton, Palion Gericano y Ruben de Sinay, emprende el camino de Jano, ciudad de la Arabia, cuyos habitantes eran idolátras y habian hasta entonces resistido las predicaciones y asechanzas del profeta Mahoma. Seguido tan solo de sus tres compañeros, entra en el templo, echa por tierra los ídolos, coloca en su lugar dos imágenes de nuestro Señor y la Virgen, y mata por su propia mano á muchos de los levitas y sátrapas allí congregados. Desde Jano el héroe pasa á Jerusalem, que, segun el autor, no distaba mas de setenta millas, y despues de visitar con la mayor devocion el santo Sepulcro y lugares circunvecinos, emprende de nuevo la ruta de Arabia, noticioso de que el impostor Mahoma, auxiliado de un tal Sergio, nestoriano, convertia á su falsa secta innumerables gentes « con cédulas fingidas y traiciones pensadas ». Toda la primera parte, de las tres en que está dividida la obra, la ocupa la relación minuciosa de encuentros y escaramuzas, sitios y sorpresas, en que Florindo se halla á cada paso metido con los sectarios de Mahoma, así como de una gran guerra que los de Jano, convertidos ya al cristianismo, sostienen contra un moro llamado Abencerrax, uno de los caudillos enviado por el falso profeta para reducirlos á su ley y obediencia. A esta sazón el buen duque Floriseo, padre de Florindo, que habia salido de sus estados por visitar á Jerusalem, acompañado de su esposa y escoltado por mil y quinientos caballeros, llega á Jano, y uniendo sus fuerzas á las de los sitiados, contribuye poderosamente á la derrota de Abencerrax. Floriseo, á la vista de las imágenes que dejara en el templo su hijo Florindo, adquiere el convencimiento de que ha pasado por allí, si bien no logra saber su paradero, con lo cual muy triste y congojado, vuelve á sus estados, y es recibido de sus vasallos con grandes demostraciones de júbilo y muchas fiestas y procesiones (2).

Florindo, en tanto, con sus tres compañeros navegaba la vuelta de Nápoles, donde reinaba á la sazón el rey Federico, « primero de este nombre, amigo de los buenos, enemigo de los malos, poderoso contra el fuerte, piadoso para el flaco. » Por complacerle á él y á los suyos, el Rey ordena que se haga un torneo, cuyos diferentes actos, así como los nombres de los justadores, entre los cuales

histórica, puesto que, bajo el nombre supuesto de Clarimundo, quiso, á no dudarlo, simbolizar los altos hechos y gloriosas conquistas de Enrique de Besançon ó de Borgoña, y de su hijo, don Alfonso Enriquez, de quien descendía la antigua rama portuguesa. Siguiendo al cronista Duarte Galvam, que hace á don Enrique hijo de un rey de Hungría, finge que su madre, la princesa Briaina le dió á criar á Urbina, esposa del conde Drongel, de cuya casa es robado por una esclava turca, llamada Fainama. Hallado cerca de una fuente por la dueña llamada Grionesa, es educado con esmero, bajo el nombre de Belifonte y llevado despues á Francia, donde el rey Claudio, su pariente, le arma caballero. Enamórase despues de la infanta Clorinda, hija de Polinario, emperador de Constantinopla, en servicio de la cual emprende y lleva á cabo las aventuras mas extrañas é inauditas, algunas de las cuales pasan en Cintra, Torres-Vedras y otros lugares de Portugal; casando, por último, con aquella princesa, en quien tiene un hijo, llamado don Sancho, que por una singular aventura fué robado con otros donceles. (Cap. cxiv y último del li-

bro iv.) Es probable que la segunda parte, si es que se llegó á escribir, tratase de los hechos de este príncipe don Sancho.

(1) No se dice expresamente en la obra dónde estaban los estados de su padre, el duque Neptalon Floriseo, como en otra parte es llamado, ni cuál era su corte, aunque al fól. xxxvi vuelto se da á entender que residia de ordinario en Lortamo, á veinte millas de Samanea, y en el xxxviii se le designa con el título de « Señor de los Montes claros y de las ciudades salvianas, que están en la salvagina selva de Clecio, con las dos villas de Oriente »; y mas adelante en varios lugares se declara que sus súbditos y vasallos eran caldeos.

(2) En la descripción de unas que se celebraron en Samanea hubo tres carros: uno con la historia del sacrificio de Isaac, el otro con el adulterio de Abraham, y el tercero con la muerte de Cain por Abel; hubo además corridas de dromedarios (por no decir toros), danzas y otros entretenimientos.

figuran un marqués de Mántua, un príncipe de Salerno, el conde de Alta-Roca, y Alberto Saxio, á la sazón el mejor hombre de armas del mundo; y las letras, invenciones y divisas, sacadas por aquellos, están descritas con la mayor puntualidad. Alberto Saxio, vencido por Florindo, se retira descontento á la corte del duque de Saboya, y consigue de este que, reviviendo sus antiguas pretensiones al reino de Nápoles, mande á Federico un cartel de desafío y declaración de guerra. El de Nápoles nombra por general de su ejército á Florindo, y por maese de campo á un caballero español, cuyo nombre está en blanco (fól. cvi). El de Saboya es vencido, como tambien lo es Alberto Saxio, en combate singular con Florindo, y por último, las paces se ajustan por mediación de un legado del Papa y la intervencion por una y otra parte de los duques de Lorena, de Borbon y Gueldres.

Aquí termina la segunda parte, que pudiera muy bien llamarse *histórica*, puesto que, aunque bajo nombres supuestos y con los sucesos algo trocados, se refiere un episodio de la célebre campaña de Italia en tiempo de Carlos V; comenzando la tercera, que es enteramente fabulosa y caballeresca. Cuéntase en ella cómo el buen duque Floriseo, yendo en busca de su hijo, llegó á una selva encantada, que guardaba el gigante Goliano, hijo de Golinos y descendiente de Golias, el que murió á manos del pastor David; y cómo habida su batalla con él, le venció; cómo mas adelante arribó á una isla donde estaba encantado el rey Mefonte de Persia, y cómo pronunciada por el duque la última palabra que el Salvador dijo en la cruz, quedó deshecho el encantamiento; como la Reina su esposa envió tambien por su parte sesenta caldeos, que buscasen á su hijo por las sesenta partidas del mundo. A todo esto, Florindo vivia en Nápoles, cuyo rey queria casarle con su hija Tiberia. En lugar de ocuparse, como antes, en hazañas militares, se entrega al juego, se hace disipado y pendenciero, se bate con el español, cuyo nombre, segun ya dijimos, siempre deja el autor en blanco (1), y de héroe ideal y caballeresco, dechado de todas virtudes, queda reducido á las modestas proporciones de protagonista vulgar de una novela picaresca. Pasa á Roma con el nombre supuesto de Florisan, y de allí á España, con deseo de ver los grandes edificios fundados por Ispan, y principalmente uno nuevamente construido por su hijo Pirrus. Allí topa casualmente con los sesenta caldeos enviados por su madre, y entonces él es el que se pone á buscar á su padre el Duque, pasando por mil trances y peligros hasta llegar al castillo de las Siete-Venturas, donde aquel, la infanta Clarinda, hija del rey Piramon, y otros príncipes estaban encantados. Por su esfuerzo y valentía son vencidas las siete venturas, desencantado su padre y demás señores, y Florindo, tomando por esposa á una sobrina del Preste Juan, llamada Calaminda, se retira á los estados de su padre. Termina el autor su extraña relación prometiendo un segundo libro, que no salió á luz, con las hazañas de don Florisan (2), hijo de Florindo, el cual, por sus altas y nombradas hazañas, llegó á ser emperador de Rusia, y concluye implorando la misericordia y auxilio divino sobre el invictísimo emperador don Carlos, rey de romanos y de las Españas, contra los enemigos y ofensores de la religion cristiana.

Es muy notable este libro, porque en él se hallan como confundidos y mezclados todos los elementos hasta entonces empleados en este género de obras. Hemos visto que su argumento es hasta cierto punto histórico (si historia puede llamarse la relación que su autor hace de sucesos mas ó menos verdaderos, sobre todo cuando los supone acaecidos en tiempo de Mahoma y del rey de España Pirro), lo cual no quita que haya gigantes, castillos encantados, islas desiertas, y otras cosas de este jaez. La intencion moral está bien clara: en todas partes se manifiesta el autor enemigo de los vicios, y principalmente del juego, á que los caballeros jóvenes de su tiempo se entregaban con furor; así es que no pierde ocasion de reprenderlo y afearlo. En una ermita apartada de Macedonia, donde Florindo entra, halla á los lados del altar dos tablas con los nombres de los caballeros, antiguos y noveles (3), que se perdieron por su inclinacion al juego. En Nápoles se enajena

(1) Circunstancia muy notable, y que hace naturalmente suponer que el libro se imprimió sobre el manuscrito autógrafo de su autor, y que este no pasó las pruebas, pues de otra manera hubiera llenado el vacío.

(2) Llamado unas veces *Floristan*, otras *Florisan*.

(3) Esta ermita estaba situada en los montes de Pironea, á orillas del rio de Vantisia y cerca de una montaña llamada Hardouin. El santo hombre que allí moraba era natural de la provincia de Europa, de la

partida de la Menor España, de una ciudad que está puesta en las partes occidentales, llamada Burges, y de la cual habia sido señor por legítima herencia de sus padres y antecesores. Habiéndose dado en su juventud á juegos profanos y de azar, despues de verse por su causa en grandes feudos y discordias, así como desafíos y muertes de hombres, hubo de perder toda su hacienda, tierras, vasallos y castillos, amigos y parientes, retirándose á aquella soledad para hacer pe-

de todo punto la estimacion del Rey y el amor de su hija Tiberia por haberse entregado de nuevo al juego, á pesar de sus juramentos y protestas, perdiendo una suma considerable á los dados, y batiéndose de resultas con su mejor amigo. Hay además en el libro pinturas de costumbres y escenas de la vida privada bastante impropias de este género de escritos, como una intriga amorosa entre una gran señora y un palafrenero, en el cap. III de la primera parte; cierta aventura en la Meca (cap. v), y el caso del portero á quien el rey de Nápoles mandó ajusticiar por haber negado la entrada en su palacio á un pobre que venia á pedirle justicia contra un rico (fól. XLIV). Don Florindo, en suma, es un héroe vulgar, valiente sí y muy celoso de su honra, según se entendia esta en el siglo XVI, devoto de las santas imágenes, y en especial de la Virgen María, exacto y hasta escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes religiosos; pero, por otra parte, poco observador de las leyes que constituian el antiguo código caballeresco; casi nunca pelea á caballo y armado de todas armas, como sus prototipos, sino á pié y las mas veces con espada de dos filos, estoque y rodela, á la usanza de Italia y España. Al salirse de su casa tiene buen cuidado de proveerse de medios para el camino, hurtando á su madre, la Duquesa, el cofrecillo donde tenia sus alhajas. Léjos de abrigar en su pecho una pasión constante como la de Amadís, Esplandian ó Lisuarte, se ocupa en devaneos, obsequia primero á Tiberia, despues á la princesa Clariana, y casa por último con una hija ó sobrina del Presté Juan, á quien nunca antes habia visto; circunstancias todas que, aparte de otras muchas que pudiéramos citar, nos inducen á creer que, en lugar de inspirarse, como otros, en su propia fantasia, el autor de este libro tomó su argumento de la vida comun, y quiso quizá narrar una parte de sus propias aventuras. No parecerá descaminada esta conjetura si se atiende á que fué escrito por un caballero aragonés, llamado don Fernando Basurto, muy celebrado de los escritores de aquel reino, nieto del cronista mosen Diego de Valera, y que se distinguió mucho en la guerra de Granada y conquista de Italia.

En efecto el cronista Andrés, en su *Fuente de Aganipe*, 1624, hace honrosa memoria de él en los siguientes versos:

Fernando Basurto la verde orilla
Del Genil esmaltó con su cuchilla,
Cuando en la vega hermosa de Granada
Fué ardiente rayo su valiente espada;
Y su noble coraje
Templando en su amenísimo bosque,
Cantó suavemente,
Suspendiendo del Darro la corriente,
Y en sus versos y prosas,
De las selvas umbrosas

Diálogos cantó de cazadores,
Y tambien de amorosos pescadores;
Y con dulzura y gracia
El martirio cantó de santa Engracia (1),
Cuando Isabel, entrando en Zaragoza,
Con su Engracia se alborozó,
Y en arcos superbisimos triunfales
Sus palmas expresaron agonales,
Y el júbilo y festejo de este dia
Lo sazonó su acorde melodía.

El *Caballero de la Cruz, Lepolemo*, es otro de los libros que componian la librería de don Quijote (2). Imprimióse por primera vez en Sevilla en 1545, y su argumento es muy sencillo. Maximiano, emperador de Alemania, estuvo casado con Demea, hermana del rey de Polonia, en quien hubo un hijo, llamado Lepolemo, el cual de pocos meses fué robado, con su nodriza, por unos corsarios turcos, y vendido por esclavo en Túnez. Allí es bien tratado de su amo, un moro panadero, criándose entre aquellos infieles, aunque profesando la religion cristiana, y poniéndose desde muy chico una cruz roja en los pechos, por donde obtuvo mas tarde el nombre de *Caballero de la Cruz*. Un rico mercader del Cairo, llamado Arfaxat, compra mas tarde á Lepolemo y le lleva á Egipto, y á su muerte, acaecida poco despues, el caballero y otro compañero suyo, tambien cristiano, entran en la servidumbre del infante Zulema, hijo del Soldan.

nitencia de sus muchas culpas y pecados. (Parte III, cap. xxv, fól. cXLVIII vuelto.)

(1) De este escritor trata largamente Latassa en su *Biblioteca Nueva de escritores aragoneses* (tomo I, página 100), atribuyéndole varias obras en prosa y verso, aunque no tuvo conocimiento de este libro. Escribió, entre otras, una *Descripcion poética del martirio de santa Engracia y de sus XVIII compañeros*, y del

auto representado á la entrada de la Emperatriz en Zaragoza, en 1533. Lo cual explica cómo Basurto, trasladándose sin advertirlo de las regiones imaginarias, teatro de las hazañas de don Florindo, á su patria, Aragon, describe con tanta complacencia las fiestas de Samanea. (Vide antes, pág. XLVIII, nota 2.)

(2) Parte I, cap. VI.

Maximiano y Demea, padres de Lepolemo, desconsolados por la pérdida de su hijo y sucesor, emprenden el camino de Jerusalem; mas á su vuelta de los Santos Lugares son apresados en la mar por un gigante llamado Morbon, señor de la isla de Estadia. El gran Turco declara la guerra al Soldan é invade su territorio. Lepolemo se hace armar caballero por este príncipe, y en la batalla que de allí á poco se traba entre los dos reyes paganos hace prodigios de valor, matando por su propia mano á muchos alcaides turcos. El Soldan y su esposa, agradecidos á tamaño servicio, le ofrecen la mano de su hija, á condicion de que se vuelva moro; mas Lepolemo se niega á ello, y poco despues, acompañado del infante Zulema, con quien habia trabado amistad, sale para Ipona (hoy Bona), ciudad de Africa, donde el ama que lo crió permanecia aun cautiva. En el camino el infante y él son presos por gente del rey de Median; conducidos á su corte, son condenados á muerte, mas cuando los llevaban á degollar, Lepolemo y su compañero se escapan y se encierran en el castillo de Lissa, donde siendo oportunamente socorridos por el Soldan, resisten primero, y escapan despues á la venganza de aquel monarca.

Maximiano y su esposa continuaban cautivos en la isla de la Estadia; mas habiendo Morbon negado al Soldan el acostumbrado tributo, este envia contra él al caballero de la Cruz con una poderosa armada. Vencido y muerto el Gigante, el emperador de Alemania, el delfin de Francia y otros príncipes cristianos que aquel tenia prisioneros son puestos en libertad por Lepolemo, volviéndose todos ellos á sus respectivos estados. Mas durante la larga ausencia del Emperador, un hermano suyo, llamado Lupercio, se hace elegir por la Dieta y usurpa el imperio. Volviendo á Europa el caballero de la Cruz, desembarca en Calais (Cales), ocupado á la sazón por los ingleses, y habiendo vencido y muerto en desafio al alcaide de su castillo, se apodera de la ciudad. Pasa en seguida á la corte del Delfin, y se enamora de su hermana, la infanta Andriana; allí encuentra al Emperador y á su esposa, y sobreviniendo muy oportunamente Platina, la nodriza que le habia criado, se descubre el secreto de su nacimiento, y la historia concluye en el casamiento del caballero de la Cruz con Andriana, y de su hermana la infanta Melesia con el Delfin.

Tal es el argumento de este libro de caballerías, que en muchas cosas se diferencia bastante de los de su clase. Las aventuras, aunque maravillosas, no son increíbles; la geografia está menos perturbada que en otros de la misma especie; la escena pasa siempre en Egipto y en los estados adyacentes de Africa, como Túnez, Trípoli, Quirvan (*Cairowan*) y otros. En vez de enanos y doncellas, siempre fieles mensajeros en estos libros de caballerías, son clérigos y capellanes los que llevan de una parte á otra las cartas y los recados. No hay en la obra encantamientos ni filtros amorosos, ni demandas, ni padrones, ni desafios, ni torneos, ni mas gigante que Morbon; los hechos de armas del caballero, aunque grandes, no son sobrenaturales, y sobre todo, son producidos por causas racionales y verisimiles. El cronista Xarton, que á instancias y ruegos del infante Zulema escribió los famosos hechos del caballero de la Cruz, es un morillo vulgar, en nada parecido al sábio Alquife, ni á la reina Zirfea, ni á Galersis, ni á ningun otro de los encantadores y nigromantes que figuran en las historias de los Amadises con el doble carácter de historiadores y de brujos. Aunque versado en las artes mágicas, Xarton era hombre de buena intencion y crianza, que jamás con sus artes hizo enojo á nadie, y la única vez que interviene en la presente historia es para regalar al caballero un brazalete de oro, como preservativo y talisman de toda clase de encantamientos. De manera que bien puede decirse que este es un libro de caballerías rebajado, pues aun cuando conserva aun la forma y estilo de los antiguos, ha perdido mucho en el fondo.

El nombre de su autor nos es enteramente desconocido; pues aun cuando se sabe que Pedro Luxan escribió mas tarde una segunda parte ó continuacion de él, no nos parece esto razon suficiente para atribuirle la primera, como algunos escritores han hecho con sobrada ligereza (1). El supuesto original, escrito en arábigo (2) por dicho Xarton, se dice fué hallado en Túnez por el mismo intérprete castellano, quien, en su dedicatoria al conde de Saldaña, dice haber trabajado su version en aquella ciudad; circunstancia que, unida á sus conocimientos no vulgares de la geo-

(1) Entre ellos, el erudito Clemencin (tomo I, página 116), sin advertir que entre la publicacion de la primera parte y la de la segunda, en 1562, mediaron diez y nueve años, y que los *Colloquios matrimoniales* no se imprimieron hasta el año de 52. En una edicion del *Lepolemo*, cuya fecha no recordamos, se

atribuye al bachiller Molina, el traductor de *Appiano*.

(2) Siendo este el único libro, que sepamos, de esta clase que se dice traducido del arábigo, no será aventurado el creer que dicha circunstancia influyese en Cervantes para crear el personaje de Citi Hamete Bengeli.

grafía, usos y costumbres del Africa Septentrional, nos induce á creer que es obra de alguno de los muchos cautivos que por aquel tiempo gemian en las mazmorras de Argel y Túnez.

En 1562, y no antes, salió á luz en Toledo una segunda parte del *Lepolemo*, con los hechos de Leandro el Bel, su hijo. Su autor no se nombra en ningun lugar del libro, segun la antigua costumbre de los que se ocupaban en este género de escritos; mas en la epístola con que dirige su obra á don Juan Claros de Guzman, conde de Niebla, primogénito de don Juan Alfonso de Guzman, duque de Medina-Sidonia, se declara serlo el autor de los *Colloquios matrimoniales* y del *Doceno libro de Amadis* (1), es decir, Pedro Luxan, quien le escribió en los ratos que pudo hurtar (2) á sus estudios.

Desde luego se advierte que el que escribió esta segunda parte no pudo ser autor de la primera (3), ó si lo fué, debió cambiar radicalmente así su estilo como sus ideas en la materia; porque, en lugar de presentar, como aquella, una narracion natural y sencilla de sucesos hasta cierto punto verisímiles, y que mas bien que de un libro de caballerías, parecen ser los de una antigua crónica, vemos reproducidos en esta aquellos incidentes maravillosos, aquellas fantásticas visiones y temibles aventuras, de que echaron mano Feliciano de Silva y otros escritores del mismo jaez. Estando el emperador de Alemania en su corte, una dueña llorosa se presenta á él y reclama su

(1) Por *doceno de Amadis* habrá de entenderse el *Don Silves de la Selva*, que generalmente se atribuye á Feliciano de Silva, y que segun ya dijimos en otro lugar (pág. xxxiv), no es obra suya. Don Vicente Salvá (*Repertorio Americano*, tomo 1, pág. 39), inducido en error por este pasaje, creyó que por *libro doceno de Amadis* habia de entenderse el *Lepolemo*, y que el *treceno* era *Leandro el Bel*, asignándolos uno y otro á Pedro Lujan. Pero, á mas de las razones ya expuestas en contrario, añadiremos que el *Lepolemo* no puede ni debe ser incluido en la série de los *Amadises*, por ser libro separado, que ninguna conexión guarda con los de aquella familia; al paso que don Silves fué hijo de Rogel de Grecia, nieto de Amadis de Gaula, como puede verse en la tabla genealógica. Por lo demás, no queda duda de que el autor del *Lepolemo* lo fué tambien de *Don Silves*. Esto mismo viene á declarar Feliciano de Silva al fin de su *Florisel de Niquea*, cuando dice: «Y en el camino desta nauegacion la Emperatriz Archisidea se sintió en cinta de un hijo: el qual fué llamado don Felismarte de Grecia, que, segun su bondad, con razon tomó la denominacion de Marte, con tanta hermosura, que segundo Absalon fué llamado; y aquí Galersis en esta navegacion da fin al segundo libro desta quarta parte, y esta es la verdadera historia destes príncipes, y otra que parecer tractará de la mesma historia, bien parece que fue mas escrita por aficion que por informacion de las verdaderas historias de estos príncipes; y esto parece ser así claro, por las profecias del fin de la tercera parte; pues por ellas ni la hermosa infanta Fortuna parece auer de ser casada ni menos sujetarse, mas antes sujetar con crudas muertes á los príncipes humanos, de las crueles flechas de su hermosura. Así mesmo el niño don Silves de la Selva quedó tan chico, que en todas estas guerras pasadas no fué posible hallarse en ellas, ni tenia edad para ello. Y allende de todas estas y otras muchas razones, que claramente de la tercera parte se sacan, que por prolixidad no escribo, y principalmente se muestra á quien lo quisiere remirar, por el estilo y frasis de Galersis, que tan gran hystoria escribió. Es muy diferente de la historia que se llama *Don Silves de la Selva*,

segun que toda esta historia lo mostrará, al que lo uviera leydo ó tuviere conocimiento de estilos y frasis de escreuir.» (Cap. xcix y vii del segundo libro de la quarta parte.)

Al testimonio que precede del mismo Silva, añadiremos que cuando este publicaba su quarta parte del *Don Florisel* (Salamanca, 1551) corria ya impreso desde 1546 el *Don Silves de la Selva*.

(2) «Lo qual yo mas que otro he sentido, habiendo gozado de la benevolencia de vuestra excelencia, quando los dias passados le ofreci mis *Colloquios matrimoniales*, los quales fueron de vuestra excellencia recibidos con aquella afabilidad que vuestra excellencia acostumbra, con lo qual yo he tomado atrevimiento de dedicar á vuestra excelencia esta obra, aunque mal compuesta y peor ordenada, la qual compuse estando en ratos de vacuaciones de mis estudios, como siempre acostumbré, despues de haber sacado á luz el *doceno libro de Amadis*, por tomar alguna recreacion en el tiempo que á mis estudios y otras ocupaciones puedo hurtar;» etc.

Cuatro ediciones de los *Colloquios* se habian hecho antes de la publicacion del *Leandro el Bel*, á saber: Toledo, Juan Ferrer, 1552, 8.º; Sevilla, Juan Canalla, 1555, 8.º; Valladolid, 1553, 8.º; Zaragoza, por Bartolomé de Nájera, 1555, 8.º Despues se publicaron otras dos: Alcalá, 1579, y Zaragoza, 1589, únicas que vió nuestro don Nicolás Antonio.

(3) Los veinte y ocho años trascurridos entre la impresion de la primera parte y la de la segunda, escrita cuando Luxan estaba estudiando, es un argumento mas en contra de la opinion sustentada por don Vicente Salvá, de que el libro de *Lepolemo* y el de *Leandro* son ambos á dos obra de un mismo ingenio. Es cierto que al fin de aquel parece anunciarse una segunda parte con los hechos de su hijo don Leandro; pero indicaciones de esta clase son demasiado frecuentes en los libros de caballerías, para que sobre ellas solas fundemos un hecho literario; además de que, segun se ha visto en varios lugares de este *Discurso*, no servian las mas veces dichas promesas sino para dar á otros continuadores el hilo de la narracion.

auxilio; Lepolemo la sigue, sin preguntarla siquiera cuál es el fin de su viaje, y despues de varias aventuras, á cual mas extrañas y peregrinas, aporta á una isla, llamada Bel, matando al sábio Torino, señor de ella, y nombrando gobernador en su lugar á otro sábio cuyo nombre es Artidoro el Griego. La emperatriz Andriana, estando un dia de caza, siente dolores de parto, y da á luz un hijo, que momentos despues es arrebatado por unos leones, coincidiendo este suceso con la desaparicion de otros varios niños, hijos todos de grandes príncipes y señores. Pasado algun tiempo, el moro Xarton, el mismo que habia escrito la crónica de Lepolemo, se presenta en la corte y se hace cristiano con gran solemnidad, siendo bautizado por el arzobispo de Tréveris, y sirviéndole el Emperador y la Emperatriz de padrinos.

Continuaba gobernando su isla el sábio Artidoro, el mismo que, habiendo averiguado por sus artes mágicas que Leandro, el hijo de Lepolemo, habia de ser puesto en peligro de muerte por una doncella fementida, le hizo coger por los leones, segun arriba queda dicho, robando al propio tiempo á Arlante de Francia, al gigante Floribelo, á Lucinel, Polimartes, Rosaldos y á otros donceles, para que se criasen con él y le tuviesen compañía. La Emperatriz en tanto pare otros dos hijos gemelos, Floramor de Alemania y la infanta Florimena. De edad de trece años, Leandro, llamado *el Bel* por la isla en que se crió (1), es armado caballero y sale en busca de aventuras; otro tanto hacen, cada uno por su lado, los demás donceles que con él se habian educado. Llega á Constantinopla y se enamora de la infanta Cupidea, hija del emperador Constantino, tomando desde entonces el nombre de *Caballero de Cupido*; encuentra, sin embargo, un rival temible en el caballero de las Doncellas, tambien prendado de las gracias y sin par hermosura de la Infanta, el cual resulta ser su hermano, don Floramor. Cien aventuras, mas extrañas y disparatadas las unas que las otras, como la del encantador Arcalao y la del castillo mágico de Cupido, llevadas ambas á cabo por Floramor; la del sepulcro y la de la venganza de amor, acometidas y terminadas por Leandro el Bel; combates con gigantes y desaforados jayanes, encantamientos, prisiones, demandas peligrosas, cartas del sábio Artidoro y de la bella Cupidea, desafíos, embajadas de enanos, curas maravillosas operadas por doncellas, ocupan las tres cuartas partes del libro, que termina con un combate cuerpo á cuerpo de Leandro con su padre Lepolemo, ya difunto, con el reconocimiento de los dos hermanos hasta entonces rivales y enemigos, y el casamiento de Leandro el Bel con Cupidea, de Floramor con Clavelina, infanta de Constantinopla; de Arlante de Francia con Floreta, duquesa de Andrinópolis; de Rosaldos y Armelina, Polimartes y Florimena. Prometió Luxan una tercera parte con los hechos de los famosos príncipes don Cupido y don Floribel, hijo aquel de Leandro el Bel, y este de Floramor, que no llegó á escribir, ó si la escribió, no vió la luz pública (2).

Hemos visto ya (pág. LII, nota 1) que al terminar la segunda parte del cuarto libro de *Don Florisel*, Feliciano de Silva anuncia haber la emperatriz Archisidea dado á luz un hijo, llamado *Félix Marte*, lo cual prestó quizá ocasion y motivo á Melchor Ortega, vecino de Ubeda, para escribir su *Félix Marte de Hircania*, que dedicó á Juan Vazquez de Molina, consejero de Felipe II, suponiendo que le escribió en griego el grande historiador Philosso Atheniense, y que le halló, traducido al toscano, entre los libros de la célebre biblioteca Columbina de Sevilla (3). Ninguna relacion, sin embargo, tiene el héroe de este libro con el de Feliciano de Silva, como pudiera inferirse del nombre; aquel

(1) A no mediar esta circunstancia, pudiera creerse que *el Bel* (en francés *le Bel* ó *le Beau*) significaba «el bello ó el lindo», puesto que á Felipe el Hermoso, padre de Carlos V, le llaman algunos escritores nuestros Felipe el Bel.

(2) Al fin del cap. xc, último de la obra, dice así: «Todo lo qual dexaremos agora para la tercera parte de esta hystoria, donde de todo se hará mencion debida, por que allí parecieran las cauallerias, y extraños amores de todos estos príncipes. Agora será bien dar algun descanso á mi pluma y amaynar mi vela para entrar en el mayor trabajo de la traduccion de la tercera parte. Para el principio de la qual pido al lector que conceda aquel saber que viere ser necessario, porque debaxo de sus alas comience tan prolongada navegacion, y por agora

sean dadas gracias á Dios todo poderoso, y á su bendita madre Santa Maria, y á los bienaventurados San Pedro y San Pablo. Amen.»

(3) «Soy tan inclinado á la lición antigua de historia verdadera, que esto me ha hecho ser curioso en busca de libros antiguos.... Y entre las cosas que me he hallado, fué el año de 1539 en la ciudad de Sevilla, donde siendo avisado de la gran copia de libros de diversas lenguas que en el monasterio de sant Pablo dexó un hermano de don Christóval Colon, gasté muchos dias en ver y leer alguna parte de ellos, y entre estos el original del nuestro en lengua toscana, tan antiguo, que con trabajo se podia leer, porque el tiempo havia gastado y consumido mucha parte de la escritura;» etc.